

Tema XXIX.- Personalidad y conducción. Teorías (rasgo, tipo, conductistas, dinámicas, cognitivas). Diferencias individuales. Proclividad al accidente. Factores que inciden en la accidentalidad.

Personalidad y conducción (Pinillos, Henry Ey).....	1
Las teorías de rasgo	4
Teorías de tipo	5
PROCLIVIDAD AL ACCIDENTE.....	9
FACTORES QUE INCIDEN EN LA SINIESTRALIDAD.	9

Personalidad y conducción (Pinillos, Henry Ey)

José Luis Pinillos, al hablar de la personalidad y la conducción, advierte que es más interesante ver los efectos que produce el coche en el usuario que a la inversa.

El coche –según este autor- no es un mero medio de transporte. Es una mediación poderosa que reobra sobre el comportamiento del que lo conduce, le impone condiciones y le facilita la expresión de impulsos, compensando sus sentimientos de inseguridad”. Ciertamente el vehículo a motor ha supuesto un logro tecnológico importantísimo para el “el coche no es un mero medio de transporte, es una mediación poderosa que reobra sobre el comportamiento del que lo conduce, le impone condiciones y le facilita la expresión de impulsos, compensándole de sentimientos de inseguridad”. Es como si el coche se convirtiera en una segunda piel favoreciendo cierto grado de aislamiento y anonimato que facilita la expresión de dichos impulsos que de otro modo estarían inhibidos.

De otro modo el coche y la velocidad del desplazamiento modifica la realidad percibida. Constatamos el cambio que se da cuando en lugar de circular por una vía en coche lo hacemos caminando. En este sentido –sigue diciendo Pinillos- “la telepresencia desrealiza el mundo, la sangre de los accidentes televisados no huele ni se pega a la piel, un coche moderno se desliza por la carretera sin ruidos ni claves que susciten al conductor la impresión de realidad que tendría si el trayecto lo hiciera en un carromato

trepidante. El coche hace desvanecer las fronteras entre lo real y lo imaginario y en este sentido abre las puertas de lo imaginario”.

En lo que sigue hemos tomado de referencia El “Tratado de Psiquiatría” de Henry Ey et. a. donde al hablar de la vida psíquica establece la necesidad de adoptar dos perspectivas:

Una *trasversal* que necesariamente ha de contemplar el estado de nuestro *cuerpo* en un momento dado.

Otra *longitudinal* que permite seguir la trayectoria de nuestra *historia*.

Nuestra historia, además de estar contenida en las moléculas materiales de nuestro cuerpo y en los circuitos funcionales de nuestro sistema neurológico cerebral, es el resultado de la construcción de nuestra personalidad y del mundo. En esta construcción interviene una instancia central, el Yo que como árbitro entre el mundo interno y externo media constantemente en un proceso de asimilación y adaptación.

El Yo, es decir, la persona que es el sujeto de la vida de relación, no puede ser escindido en fragmentos: afectividad, inteligencia y voluntad. Se construye, como hemos visto, a medida que tiene lugar el *desarrollo del ser psíquico*, para constituir en cada una de estas etapas el sistema de sus propias relaciones existenciales con su Mundo. Esto supone que los artificiales análisis psicológicos de estilo clásico (análisis del lenguaje, de la inteligencia, del acto voluntario, etc., como funciones) pierden a este nivel todo interés. El *mi Yo* es la persona constituida en ser razonable, es decir, en ser que subordina su acción y su pensamiento a un sistema de valores fijos que constituyen su Mundo. El Yo y su Mundo representa, no solamente una sedimentación de la experiencia, no tan sólo una complicación o una diferenciación de las funciones basales, sino la organización en el tiempo (el de la historia personal), de los valores ideales y de la realidad que constituyen el eje, la trayectoria y el programa vital de la persona de su

existencia. Sobre estos temas el análisis existencial y la fenomenología desde Husserl y con Heidegger, Jaspers, Sastre, etc., no cesan de describir las modalidades de la existencia de la persona.

Es la organización dinámica del Yo la que hace decir a cada uno de nosotros «Yo», designándose a sí mismo como la «primera persona» que es, para él, su propia individualidad distinta de la de los otros.

La identidad del Yo se construye a través de cuatro instancias por las cuales es sucesivamente: Sujeto de su propio conocimiento, Artesano de su mundo propio y Autor de su propia persona y Dueño de su propio carácter.

Es necesario decir que esta organización de la persona es esencialmente una construcción que se elabora a la vez por la maduración bio-neurológica, por las experiencias originales, por las relaciones interhumanas, culturales, afectivas y sociales, por las funciones psíquicas de base, por el carácter y el temperamento. Es en estas capas profundas o primitivas de la vida psíquica donde el Yo hunde las raíces de su individualidad sin jamás reducirse a estas formas elementales de su constitución o a los primeros estadios de su historia, que integra e incorpora en su manera de estar en el mundo.

Además de esta aproximación a lo que sea la personalidad como el resultado de una relación dinámica e íntima entre la vida psíquica y el sustrato biológico a lo largo del tiempo que permite llegar a establecer un sentimiento de identidad a través de la expresión «Yo», hay otras aproximaciones que aunque en cierto modo ya están en desuso no deja de tener interés en el tema presente.

A ellas nos vamos a referir a continuación.

Las teorías de rasgo

La orientación de esta teoría es principalmente cuantitativa o empírica; se centra sobre la medición de la personalidad en términos de características psicológicas específicas del individuo denominadas *rasgos*.

La personalidad se encuentra integrada por una serie de atributos previsibles denominados rasgos o factores. Uno de sus promotores, Catell, considera el conocimiento del rasgo como el elemento básico.

Podemos definir el rasgo como el elemento perceptible, relativo y constante respecto del cual un individuo es diferente de otro; es considerada una variable diferenciadora individual.

Unos rasgos son comunes a todos, otros, exclusivos; unos pueden determinarse por la herencia, otros por el ambiente; y unos están relacionados con motivos y son dinámicos y otros se relacionan con la capacidad y con el temperamento.

El interés en el comportamiento del consumidor se centra en rasgos correspondientes a la personalidad, tales como la actividad, aspiraciones, sociabilidad, responsabilidad, y otros. Algunas marcas comerciales aportaron a sus productos ciertos rasgos de personalidad, así, de modo que se se asocien al producto (en el caso de algunas marcas de tabaco) la imagen de un admirado trasgresor de la ley, o las gafas Ray Ban con los tipos duros. No es que el producto fomente ese comportamiento es que el producto se dirige a esos tipos de comportamiento.

Podemos resumir las características de los rasgos en las siguientes:

- Los rasgos son comunes a muchos individuos y varían en cantidades absolutas.
- Los rasgos son bastante estables y ejercen una importante influencia sobre el comportamiento del consumidor.
- Los rasgos pueden deducirse midiendo los distintos tipos de comportamiento a través de un cuestionario.

Para entender de una forma más completa lo que se quiere decir con rasgo de personalidad, y por qué el enfoque de rasgos se considera cuantitativo más que cualitativo, veremos brevemente la forma en la que se desarrolla una prueba de personalidad.

La idea básica es encontrar un conjunto de variables de personalidad para relacionarlas con las conductas de los consumidores.

Por poner un ejemplo, un estudio demostró una relación positiva entre algunos rasgos de la personalidad y el uso de bebidas alcohólicas, automóviles, gomas de mascar y otros productos.

Teorías de tipo

Krestmer, en Alemania establece a modo de arquetipos antropológicos tres tipos morfo-caracterológicos: El asténico, el atlético y el pícnico.

- el biotipo Asténico leptosomático o longilíneo es aquél en el que predomina mucho la longitud del cuerpo sobre la anchura; corresponde al individuo alto, flaco, de cuello y brazos largos, poco musculoso, y de cabeza y nariz alargadas. Psíquicamente suele estar muy bien dotado al ser agudo, penetrante, inteligente; pero de compleja y escasa vida afectiva; es también un tanto difícil de tratar, emotivo y sensible para la intuición estética y, en ocasiones, predispuesto para una intensa religiosidad. En una palabra, esos individuos son algo “raros” - que es el apelativo con que los designa el vulgo - y predispuestos a la esquizofrenia, como le ocurría a D. Quijote.

- El biotipo opuesto es el Pícnico, que, morfológicamente, se distingue por el predominio de las dimensiones transversales. Tiene el cuello grueso, las extremidades cortas y su cabeza, redonda y provista de precoz calvicie. Es decir, en lenguaje coloquial, corresponde a las personas gordas y bajitas. Con relación a sus facultades psíquicas, son afectivos, simpáticos, sintonizan fácilmente con

el

ambiente en que se encuentran, bondadosos, pacíficos y extrovertidos. Aman los placeres de la vida y tienden a la ciclotimia, es decir, a pasar de la alegría, al abatimiento y a la depresión. Como es natural, su representante más definido es Sancho Panza.

- El tercer biotipo, Atlético.

Aunque en la práctica es difícil encontrar estos biotipos en estado puro, todos recordamos a determinadas personas que pueden encasillarse dentro de alguno de ellos con suma facilidad; pero lo verdaderamente interesante y asombroso es que esta tipología, establecida por los científicos tras muy detenidos estudios, hacia primeros de éste siglo, ya había sido intuita y descrita de manera extraordinaria tres siglos antes por los dos genios de las literaturas española e inglesa (CERVANTES en su "Don Quijote" y SHAKESPEARE en su "Julio Cesar") en donde las hicieron coincidir física y psíquicamente con los personajes de esas obras.

Aún cuando ya no están en uso estas clasificaciones hay ciertas correspondencias entre éstas y las hechas por autores contemporáneos como Eysenck y también con los "temperamentos" descritos por los médicos de la antigua Grecia: flemático, sanguíneo, melancólico y colérico.

Sheldon hace una clasificación en base a rasgos físicos: ectomorfo (delgado), mesomorfo (musculoso), endomorfo (obeso), Krestmer: leptosómico, pícnico, etc.

Teoría Dinámica

Para Henry Ey como para otros muchos autores, la vida psíquica implica una estructura dinámica o conflictiva en sí misma. Las funciones, operaciones, organizaciones, desarrollos y construcciones de la conciencia y de la persona constituyen pares de fuerzas (olvido y rememoración, automatismo y voluntad de la atención, pulsiones

afectivas y control racional, etc. Se puede decir –sigue diciendo- que nada es vivido o construido en esta arquitectónica dinámica que no nos remita al antagonismo entre el consciente y el inconsciente.

Fue el gran mérito de los psicólogos y psiquiatras de finales del siglo XIX el haber descubierto a propósito de las neurosis, de la sugestión, del hipnotismo y de los sueños, esta dimensión inconsciente de la vida psíquica. Es con Freud cuando la «la psicología profunda» esto es el inconsciente adquiere carácter de realidad científica y se incorpora a prácticamente todos los campos del conocimiento. Llega a plantear que el inconsciente es el «verdadero» campo de la psicología, es decir que, para él, los pensamientos, acciones, imágenes o representaciones están gobernadas por el inconsciente. El inconsciente está en el centro de la vida psíquica. Las otras dos instancias: el Yo y el Superyo completan la triada del aparato psíquico.

La conciencia, instalada en el Yo actúa como árbitro entre el Super-Yo (la norma, la conciencia moral, ética, los ideales, etc.) y el inconsciente que es casi identificable con el ello (es lo instintivo, pulsional, irracional). Y en ese arbitraje despliega una serie de mecanismos para lograr optimizar su funcionamiento, dichos mecanismos se han venido en llamar “mecanismos de defensa”. Algunos forman parte del lenguaje común. Citemos los más comunes:

Represión: es el mecanismo por el cual el Yo, habiendo vivido una experiencia que pone en peligro su equilibrio, decide desecharlo de su campo de conciencia, para ello dispone como de un dique que impide que dicho contenido emerja a la conciencia.

Negación: tiene la facultad este mecanismo de evitar también la toma de conciencia de un hecho que por doloroso, el Yo no puede integrar. Por ejemplo, ante un fallecimiento repentino de un familiar cercano, la reacción inmediata de las personas allegadas es una negación. Es como si mediante ésta los hechos no existieran. En las

entrevistas a personas que han sufrido accidentes se suele dar con frecuencia esta reacción.

Proyección, es la atribución a un factor externo a la propia persona de ser la causa o el origen de un hecho cuando la razón está en la propia persona que emite ese juicio. El caso típico de proyección es el de los paranoicos cuando ven en las personas que les rodean intenciones agresivas para con él, siendo su propia agresión la que es proyectada en esas personas. Sirve para exculpar la propia responsabilidad en los hechos y evitar así la ansiedad que suscitan o la depresión.

Desplazamiento la emoción que suscita un objeto o una situación se desplaza a otra evitando así la confrontación con el objeto o situación real que lo produce.

Racionalización: mediante ella se intenta neutralizar y anular los sentimientos que un hecho por su propia naturaleza produciría. Se utiliza sobre todo cuando los afectos son muy intensos y/o muy disruptivos para el Yo.

La conversión. Determinados impulsos o deseos al no ser aprobados por la conciencia y el Ideal del yo, invierten en su opuesto la expresión de estos. Personas con un gran potencial hostil pueden presentar una apariencia excesivamente sumisa y amable (conversiones reactivas de los obsesivos) o a veces es el cuerpo el encargado de expresar estos deseos (somatizaciones o el mecanismo de conversión en las histéricas). Por último las teorías conductistas y su desarrollo posterior el cognitivismo no plantean claramente este tipo de constructor pues el esquema básico de referencia es que la persona es el resultado del aprendizaje y este se organiza en base a los llamados programas de refuerzos.

PROCLIVIDAD AL ACCIDENTE.

FACTORES QUE INCIDEN EN LA SINIESTRALIDAD.

Algunos autores han manejado la idea de que ciertas personas debido a determinados rasgos y en determinadas épocas en la vida son más susceptibles que otras a sufrir accidentes de tráfico. Se habla `por eso de “predisposición al accidente”.

Greenwood y Woods en Gran Bretaña fueron los primeros que investigaron esta disposición en algunas personas (durante la Primera Guerra Mundial). Mc Guire (1976) constató que determinados sucesos en la vida de las personas parecen hacerlos más proclives a la accidentalidad (divorcios, estados transitorios de depresión, solteros...)

Blasco y Casas (1985) y Germain (1961) aislaron un patrón de conductas en algunos individuos responsables o proclives a la accidentalidad. En este patrón incluyen:

Disminución en la aptitud de atención y de control en la conducta motora (mala coordinación perceptivo-motriz).

Gran impulsividad con bajos controles

Poca capacidad de respuesta ante eventos imprevistos (rigidez o poca flexibilidad).

Por último y siendo la conducción una actividad que interactúa con un medio social (los otros vehículos) el modo en que el individuo se conduce con sus semejantes es un factor también de riesgo en la causación de los accidentes (conducta antisocial).

Es antigua la expresión de que cada cual “conduce como vive”. Sus autores Tilman y Hobbs realizaron un estudio con 96 taxistas que habían tenido más de cuatro accidentes y los compararon con 100 conductores iguales en edad que no habían tenido ninguno. Comprobaron que los que habían tenido accidentes habían tenido un número de problemas legales con tribunales de justicia, servicios públicos de salud y bancos, significativamente mayor que los que no habían tenido accidentes.

Hay autores que objetan el concepto “proclividad al accidente”. Dicen que estos estudios han despreciado la influencia de “distimas accidentales” o periódicas sobre el comportamiento. Así que puede haber factores constantes de proclividad al accidente junto a factores variables.

Tiffin dice que la gente normal pasa una quinta parte de su vida deprimida y el 50% de los accidentes, dice este autor, eran causados por personas con un estado de ánimo depresivo en el momento del accidente.

La Dirección General de Tráfico cuenta, entre otros, con dos estudios a partir de los cuales se elaboró un perfil psicológico del conductor implicado.

Uno es el de jóvenes entre 18 y 25 años implicados en accidentes de motocicletas, en los que destacan los siguientes rasgos:

Necesidad de autoafirmación

Sobrevaloración de la propia capacidad

Conducta exhibicionista en grupo

Sensibilidad a la acción publicitaria

Asunción de un nivel alto de riesgo.

Otro de conductores implicados en accidentes por “distracción” en los que se obtuvieron resultados significativamente diferentes de los de la población normal en:

Exceso de autoafirmación,

Hostilidad u oposicionismo,

Tipo de razonamiento muy simple o autoritario (indicador del mecanismo de disociación) y bajo grado de convencionalismo o cumplimiento de las normas sociales fueron los rasgos detectados en este grupo de conductores examinados tras el accidente.

El modelo que subyace a estos dos trabajos fue el Dinámico, por el cual el “accidente” sería una actuación inconsciente de impulsos de naturaleza hostil que al no haberse

podido modular por un tipo de pensamiento más sofisticado que el detectado en los sujetos, se tradujo en un acto auto-lesivo.

Las limitaciones del estudio fueron: el bajo número de casos (15), el proceso largo y costoso de evaluación, la libre voluntad de someterse a una prueba diagnóstica como el Rorschach sin embargo perfila con meridiana claridad actitudes de riesgo en el ámbito del tráfico y la seguridad vial.